

Muchos muertos y heridos quedaron en el campo: nosotros solo tuvimos cuatro hombres heridos y unos veinte dispersos.

La papelera de Aragon con documentos importantes, algun parque y muchas armas, fueron el botin de esta jornada. El terreno montuoso impidió coger muchos prisioneros, pero Aragon se retiró solo con cinco hombres reunidos.

Al mismo tiempo el coronel Palacio derrotaba la fuerza con que el coronel Salmon habia ido á provocarlo; de suerte que en unas cuantas horas quedaron destruidos aquellos ochocientos hombres, que tanto dinero habian costado al Estado y á la Federacion.

El gobierno de Rubí, despues de esta victoria alcanzada por nosotros, quedaba circunscrito al mineral de Pánuco, en donde con grandes trabajos y miserias podia apenas mantener á cutrocientos hombres, únicos que le servian de apoyo en todo el Estado.

Debió creer, como nosotros, que su fantástico gobierno era á aquella hora una sombra que se le escapaba.

CAPITULO XII.

EL 8 DE ABRIL.

Pernoctamos en un rancho inmediato á Las Mesas y temprano se puso en marcha la columna para Cosalá, quedándonos Granados y yo con cuatro oficiales para incorporarnos á ella un poco mas tarde. Habria trascurrido una hora, y nos disponiamos á mandar ensillar los caballos, cuando súbitamente nos vimos cercados de veinte hombres con blusas rojas iguales á las del enemigo que empezaron á hacernos fuego. Granados saltó de la cama en donde estaba á medio vestir y con pistola en mano se lanzó al encuentro de los asaltantes: uno de ellos lo conoció luego y dió el grito de ¡viva el coronel Granados! que hizo caer las bocas de los mosquetes asestados contra nosotros para hacer una segunda descarga.

Era una guerrilla de pronunciados que se habia aparecido en el campo al olor del botin y que habia

despojado de sus blusas rojas á los dispersos de Aragon. Ellos mismos nos sirvieron luego de escolta hasta alcanzar al grueso de nuestras fuerzas.

En Cosalá fuimos recibidos perfectamente por el comercio y por la poblacion en virtud de que se consideraban libertados de las grandes estorsiones de que habian sido víctimas. Sus informes no nos cogieron de nuevo, pues bastante sabiamos por los papeles quitados á Aragon todo lo que aquellos desgraciados tuvieron que sufrir.

Rubí no habia mandado un solo centavo á aquella fuerza: lejos de eso leímos quince órdenes, á cual mas terminante, en que prevenia al coronel Aragon que despues de hacer un duro escarmiento con los cabecillas, impusiera en Culiacan un préstamo de cincuenta mil pesos y le mandara en el acto la mitad, procurando causarle lástima con la miseria que guardaba. Mi nombre era el que aparecia siempre en primer término al tratarse de hacer con nosotros un ejemplar castigo.

Mientras llegaba á verificarse todo esto, se sacó el dinero posible de Cosalá y de los alrededores, metiéndose algunas veces al mismo Estado de Durango no obstante que su gobernador protegia con empeño la causa de Rubí. Por ejemplo: Aragon sacó tres mil pesos del mineral del Tominil.

En jurisdiccion propia fué mas escandaloso el saqueo, pues que se vieron rematar en pública subasta mercancías embargadas á los comerciantes que no habian tenido con que cubrir los préstamos forzosos. En

los ranchos mas inmediatos de Cosalá quedaron las trojes vacías y nosotros para proveernos de pasturas y granos, lo mismo que de reses para la tropa, teniamos que mandara buscarlas á distancias enormes.

Ocupados los Distritos de Cosalá y San Ignacio y establecidas las autoridades civiles que reconocian el gobierno del general Martínez, no quedaba mas punto sustraído á su obediencia que el mineral de Pánuco reidencia de los escuálidos poderes del bando enemigo: las personas y las propiedades tenian plenas garantías en todo el Estado sin que se diera el caso de que alguien fuera molestado en lo mas mínimo por sus opiniones. Llegó el momento en que se pudo expedir la convocatoria para las nuevas elecciones, y el Estado pudo hacerlo muy bien en uso de su soberanía y de la independencia que para su régimen interior tenia prescrita por la Constitucion; pero Martínez tenia razon en decir que aunque eso era lo que estaba escrito, siempre convenia esperar la licencia del gobierno general con quien no era bueno ponerse de uñas pues que al fin era dueño del ejército, de los caudales públicos y de todo el poder necesario para aplastar á los Estados cuando se le antojara.

En ese concepto se le estuvieron dirigiendo á D. Benito Juárez diversas y bien fundadas peticiones, conjurándole en nombre de la paz y de los futuros destinos de Sinaloa á que dejara practicar nuevas elecciones, toda vez que las que se habian hecho adolecian de los vicios fundamentales que se le pusieron de manifesto.

En respuesta á todo esto se supo que el general Corona se habia movido de Guadalajara para Durango con tres mil hombres, en donde le esperaban otros tres mil y que con ese numeroso ejército iba á restablecer el orden en Sinaloa, orden que el mismo Estado con su circunspeccion se empeñaba en probar que ya estaba restablecido.

La verdad es que no se necesitaba hacer ninguna campaña sino expedir una orden cualquiera por el gobierno general en el sentido que le pareciera mas conveniente. Todos se hubieran sometido porque no se queria pelear, sino salir por buen camino de aquel atolladero.

Personas respetables nos hacian saber sin embargo que el movimiento de Corona no significaba que tuviera órdenes de atacarnos y que aquellas tropas solo iban á servirle de apoyo para obligarnos á tener un avenimiento.

—No habia necesidad de esas gentes ni de ese aparato, contestamos nosotros. El gobierno podia mandarnos las órdenes que quisiera y nosotros las acataríamos.

—A las fuerzas se anticiparán probablemente unos comisionados que traerán amplios poderes para zanjar la cuestion.

—¡Magnífico!—Era lo que nosotros queríamos.

Convenia pues, que ya los comisionados ó la 4.^a division que mandaba Corona nos encontraran enteramente posesionados de Sinaloa, sin sombra del gobierno que se daba el título de legítimo y fué llamado á Ma-

zatlan para encargarme del mando político en virtud de tener que salir el general Martinez de la plaza para encargarse de dirigir en persona las operaciones militares sobre la sierra de Pánuco.

Cuando llegué á Mazatlan ya se tenia noticia de que las fuerzas de Corona habian salido de Durango y que antes de quince dias estarian reunidas con las de Rubí en el Distrito de Concordia.

A todo el mundo le parecia aquello un absurdo, pero el hecho era evidente: una gran division haciendo gastos cuantiosísimos venia á emprender una campaña difícil, por caminos que por si mismos acaban con las tropas, y esto lo llevaba á cabo el gobierno de la República sin oír informes de personas imparciales, sin atender las peticiones de paz que le dirigiamos, sin escuchar mas palabras que las de aquellos que estaban interesados en desfigurar la verdad para sacar ventajas de posicion y de dinero. En aquella cuestion de Sinaloa, vuelvo á repetirlo porque la historia debe fijarse en estas enseñanzas para que no se repitan iguales injusticias en el porvenir, en aquella cuestion no habia necesidad de que muriera un solo hombre ni de que se gastara un solo peso para que todo se hubiera allanado: bastaba un juez recto, que hubiera fallado oyendo á ambas partes y nosotros hubiéramos sido los primeros en sujetarnos á su decision. A ese juez ya lo habianos nombrado nosotros: primero fué Corona, despues Juarez, pero ninguno de los dos quiso levantar con honrada conciencia las balanzas de la justicia.

Lo que pudimos comprender al notar la obstinacion con que se nos llevaba á aquella guerra que no provocábamos, fué que se procuraba tener en Sinaloa un gobernador que fuera instrumento del general Corona, costara esto lo que costara; y Corona podia responder de Rubí ante la terquedad de D. Benito Juarez. Aunque esto se encontraba en contradiccion con el hecho de que Corona conservara inteligencias secretas con Martinez al cual escribia diciéndole que nada tenia que temer de la 4.^a Division, pues que lo que él se proponia era obligar á Rubí á que se redujera á la vida privada.

Seria esto verdad ó no, pero Martinez siempre que le decian que Corona venia resuelto á atacarlo, contestaba:

—No lo hará, yo sé muy bien que no lo hará.

—¿Pero por qué?

—Porque es imposible, es imposible.

Sigo refiriendo los hechos.

La fuerza toda de que podia disponer Martinez, era de dos mil hombres á dos mil quinientos, mandados por el coronel Granados: habia avanzado mas adelante de Copala con el fin de atacar á Rubí en sus madrigueras: apenas se habia abierto la campaña con escaramuzas en que era necesario ir conquistando el terreno palmo á palmo, cuando hubo que suspender las operaciones de la sierra porque se tuvo noticia de que estaba llegando ya todo el grueso de la 4.^a Division: hubo necesidad por lo mismo de que Gra-

nados contramarchara al Presidio ó Villa de Union, poblacion de poca importancia que dista unas nueve leguas de Mazatlan.

Las órdenes fueron de que permaneciera allí mientras no se le comunicaban otras. Es probable que al dictarse esa disposicion no se tuvo idea siquiera de que iba allí á trabarse un combate, porque el punto no es nada militar, dejando á la retaguardia un rio bastante caudaloso que embaraza cualquier movimiento y hace imposible una retirada al frente del enemigo. Mucho menos podia considerarse el Presidio como punto militar y estratégico, desde que es accesible por todos lados, estando á la vez rodeado de montes espesos, lo cual hace que no se vea al enemigo que se aproxime y que pueda llegar hasta las casas cubierto, sin que dichas casas por ser muy débiles puedan servir de defensa.

Lo mas creible es que se tuviera el objeto de situar allí aquellas fuerzas como punto de observacion, mientras se escogia el terreno en que habia de librarse la batalla.

Con sorpresa supimos todos que Martinez al tomar el mando de todas las tropas que se habian podido reunir en el Presidio, no pensaba cambiar de posicion, lo cual en nuestro concepto era arriesgar demasiado el éxito del combate, aunque tambien es verdad que Martinez no llegó á convencerse de que hubiera combate.

Del mismo puerto de Mazatlan hicimos regresar al campamento unos exploradores que bajaban de la

sierra y los cuales daban detalles muy precisos, respecto del número, movimientos é intenciones del enemigo. Rubí habia tomado ya la vanguardia de las operaciones, y se dirigia violentamente para Mazatlan. El grueso de la 4ª Division, podía componerse de unos cuatro mil hombres con quince piezas de artilleria é incontable número de mulas cargadas de víveres y municiones. No se incorporaba aun el general Corona, pero venian allí sus principales generales esto es, Donato Guerra, Canto, Parra, Simon Gutierrez etc. etc. El general Martinez se sonrió desdenosamente al oir todos estos pormenores y permaneció tranquilo en Villa de Union.

Llegó por fin la hora en que dijeran las fuerzas avanzadas:

—¡El enemigo encima!

—No importa, respondió Martinez, no hará fuego sobre nosotros; espero á los comisionados.

Poco tiempo despues vino otro ayudante de Granados á decirle:

—El enemigo está ya á tiro de cañon.

—Está bien.

Y dictó algunas disposiciones para el combate, diciendo luego á los que estaban próximos:

—Estoy cierto de que no seremos atacados.

A poco se oyeron tiros de las avanzadas y luego de la artilleria.

—¿Quién ha roto los fuegos? preguntó Martinez con enojo creyendo en una imprudencia de los suyos.

—El enemigo, le contestaron.

—He sido vendido, exclamó, he sido engañado.

Y se lanzó á batirse como un leon segun su costumbre, perdiendo su caballo desde luego en lo mas recio de la refriega.

Siempre he visto como de mal agüero que maten el caballo del general en jefe en los momentos de dar principio al combate.

Las órdenes que dictó entónces el general Martinez, aunque hubieran sido acertadas ántes, habian perdido su oportunidad, pues el enemigo, que se formaba casi del doble de nuestras fuerzas, superior tambien en organizacion y elementos de guerra, habia tenido tiempo de rodear la poblacion encerrando á los nuestros en un círculo de bayonetas; y si malo es estar flanqueado, peor es hallarse envuelto, por lo que desmoraliza á las tropas verse sin una retirada segura.

Granados, sin embargo, haciendo uso de aquel arroj que tanto habian admirado los franceses, cargó con su batallon «Rosales», arrollando dos columnas enemigas, y en ese momento mandó pedir un refuerzo de caballería, respondiendo del triunfo si lo recibia sobre la marcha: otro pequeño cuerpo de su brigada lo sostuvo, y los soldados lo victorearon llenos entusiasmo, comenzando á tocarse dianas en su campo.

El coronel Adolfo Palacio fué el designado para ir en su auxilio con doscientos dragones, y se precipitaba al galope, cuando recibió una descarga á quema ropa de un cuerpo de infantería: era el del

coronel Almada compuesto de 600 plazas, que estaba minado desde ántes y que acababa de pasarse al enemigo.

Ese mismo cuerpo hacia fuego sobre la retaguardia de Granados, á la vez que una columna que llegaba de refresco lo atacaba de frente, viniendo todo esto á hacer inútil el esfuerzo que la brigada acababa de hacer.

Martinez y Granados comprendieron que la derrota estaba determinada, y procuraron abrirse paso á retaguardia, rompiendo el anillo de hierro en que se les habia encerrado, con solo algunos soldados decididos y valientes que quisieron seguirlos.

Las pérdidas fueron: cincuenta mil pesos que se hallaban repartidos en las cajas de los cuerpos, cuatro piezas de artilleria, todo el parque, multitud de mulas cargadas con equipages, caballos, armas y una infinidad de prisioneros, sin que muriera de los nuestros ningun oficial, ni sargento siquiera, sino solo algunos soldados.

El enemigo tuvo en ese particular mas sensibles pérdidas, muriendo entre los gefes de cierta importancia el coronel Crespo antes Prefecto de Mazatlan paisano y amigo querido del general Rubí.

Como no habian caido gefes ni oficiales prisioneros, en represalia fueron fusilados todos nuestros sargentos y cabos á quienes cupo suerte tan desgraciada!!!...

CAPITULO XIII.

EL SAQUEO.

Habiánse fusilado 17 de los prisioneros, cuando llegó el magnánimo general D. Donato Guerra é impidió que siguiera la matanza.

El general Toledo no concurrió á la batalla porque se encontraba enfermo en Mazatlan: allí estaba yo á la vez ejerciendo las funciones de primera autoridad política y preparando el viaje de mi familia para S. Blas, porque habia presentido lo que iba á suceder y no queria que aquella sufriera las vejaciones de costumbre. Solo que no aguardaba que estuviera tan próximo el desenlace ni que fuera tan desastroso. El embarque no pudo efectuarse por no haber dispuesto de tiempo suficiente para empacar los equipajes. ¡Cuánto me pesó despues no haber sacado de Mazatlan á mi familia aunque fuera sin una sábana!